

PRÓLOGO

El moralismo de los filósofos griegos que aparece a partir de Platón está condicionado patológicamente; y lo mismo cabe decir de su afición por la dialéctica. Razón = virtud = felicidad equivale sencillamente a tener que imitar a Sócrates e instaurar permanentemente una luz del día —la luz del día de la razón—, contra los apetitos oscuros.

Friedrich Nietzsche.

*Como el viento huyo lejos.
Y sin embargo vine como luz.*

Luis Cernuda.

Basauri, Vizcaya, España, 1990.

Al igual que en otras tantas ocasiones, su compañero lo había dejado a unas calles de la comisaría; eso significaba tener que andar unos cientos de metros pero sin duda era mucho peor que un coche quedase marcado y que una bomba segara la vida de tres o cuatro compañeros. Esa lógica, la de la guerra de todos contra todos, era la única que conocía. Quedaban ocho días para que su servidumbre finalizara y pudiera tener un nuevo destino; mientras se fijaba en los laterales sin dejar de prestar atención a su retaguardia, reflexionaba sobre sus últimos años en el Norte. Tenía esa extraña y agri dulce mezcla: la del deber cumplido y la de la certeza de que un hombre no puede cambiar nada. De lo que sí estaba orgulloso era de haber logrado aquello que se propuso desde que fue destinado a esa zona. Se había prometido a sí mismo

que cuando no trabajara en la calle se quedaría siempre en casa, que no caería en la tentación de salir o de pasarlo bien, que el miedo y la presión que experimentara en su trabajo servirían para hacerlo mejor, y que no volvería con los problemas y síndromes que otros compañeros suyos padecían. Quién sabe si eso hubiera sido así, muy probablemente lo hubiese sido.

La luz llegó tan rápida como la pérdida de la audición y el posterior pitido. Apenas estaba a cuarenta metros de la comisaría. Los terroristas querían que el coche bomba explotara en la puerta, pero lo hizo unos metros antes. De ese momento solo recordaba una imagen, la de dos compañeros suyos que le decían que tenía las piernas en su sitio, y que se iba a poner bien. Horas más tarde despertó en el hospital. Le consoló sentir las piernas, pero sabía que existía un dolor fantasma que intentaba engañar a la mente; solo se tranquilizó cuando las pudo ver. Lo peor era un frío metálico que sentía en la mano vendada, de aspecto aséptico, con apariencia de materia, pero carente de vida. Y pese a los medicamentos administrados, fue esa sensación metálica, fría, contraria a la salubridad, como si el filo de un cuchillo estuviera pegado de continuo a la palma de su mano, la que le hizo comprender que su vida ya nunca sería la misma. Su existencia, tal como la conocía hasta ahora, había terminado; que todo hubiese ocurrido cuando estaba a punto de llegar a la meta era algo accesorio, que en el fondo a nadie acabaría importando.

Tuvo un único pensamiento recurrente durante el tiempo que estuvo ingresado, que antepuso siempre al estado de su cuerpo o a su situación laboral o vital: esa luz existía, era algo verdadero que estaba más allá del espacio y del tiempo, de las corrientes gravitacionales o de las ideologías, y, de una u otra forma, estaría ya siempre con él, hasta el final de su vida.

CAPÍTULO 1

LA LLAMADA

El sonido del teléfono lo despertó de forma súbita. Al levantarse de la cama, intuyó que debían ser las diez, o quizás más pronto. Caminaba por el pasillo hacia el teléfono; era esta una intuición alejada de lo esotérico o de cualquier tipo de don, una simple intuición que alternaba entre lo real y lo posible. No tener que madrugar lo veía como una de las pocas cosas buenas que le había traído su invalidez. No se trataba de un mecanismo de defensa, sino de la realidad.

—¿Quién es?

—¿Qué pasa, zorro?

—¡José Luis! ¿Cómo vas?

—¡Bien, nano! Oye, hace tiempo que no nos vemos, tendremos que quedar.

—Y me llamas a... ¿qué...? ¡Son las nueve y cuarto!

—Ja, ja, ja. No me seas cabrón que aún estás en la cama. —José Luis recordó que él prefería trabajar por la noche y que siempre

comentaba que le gustaba acostarse tarde cuando no tenía que madrugar, prefirió no hacer ningún comentario sobre el tema—. Oye, ¿cómo vas de pasta? ¿Te llega con la pensión y eso?

—Sí, me da para vivir bien, no me puedo quejar, sin grandes alardes.

—Hijos de puta, a gente como tú le tendrían que dar mucho más, luego los políticos robando todo el día.

—Mira, José, si es para currar de vigilante o algo de eso, yo paso, ¿sabes?

—No, no. Es un tema, a ver, es que es un poco largo, mejor tomamos algo y te lo explico.

—Sí, vale, si quieres quedamos el viernes por la Virgen, donde la última vez.

—Vale, tío. Quedamos sobre las seis y nos tomamos unos copazos.

—Vale, pues.

—Te dejo, que estoy currando y te estoy llamando desde una cabina.

—Venga, tío, nos vemos.

En 2º de BUP ya tenía claro que quería ser policía, por ello, tras terminar el bachillerato, no cursó el COU ni realizó la selectividad, y tras cumplir el servicio militar en Madrid, comenzó a estudiar con bastante voluntad y alegría. Suspendió la primera vez que se presentó, pero a la segunda aprobó. Con apenas veintidós años salía de la Academia de Ávila con destino a Madrid para hacer las prácticas.

Comenzaban los años ochenta. Era la época de la apertura, de los peinados que se copiaban del extranjero, de la música

electrónica y de la tan mentada democracia, pero también era la época de la heroína, de los guetos, de las huelgas que devenían en disturbios y del terrorismo. Ahora recordaba sin excesiva pena ni alegría que esa fue la época más feliz de su vida. Cuando vivía en la calle México, con tres compañeros. Días de detenciones y persecuciones mezcladas con el olor a laca y humo de tabaco de las discotecas. La expectación por conseguir esa cinta de música del grupo que se escuchaba por la radio, la incertidumbre de los avisos de la centralita, informando de un delito y sus supuestos autores. Las grandes avenidas de Madrid, que le recordaban que estaba haciendo algo importante con su vida. Estaba seguro de que sus compañeros de instituto que habían ido a la universidad llevaban ahora unas vidas grises y monótonas.

A los veintitrés volvió a Valencia para estar con su padre viudo. Supuso que por ser hijo único era su obligación, y que también sería una forma de cumplir con el deber. Lo destinaron a la Comisaría de Zapadores. No era lo mismo que Madrid, pero tampoco era un destino plácido. Patrullaba por la Gran Vía Germanías, pero era fácil que acabase en el Barrio Chino porque un yonqui había rajado a un traficante o le había pegado un tirón a una anciana. Se movía bien por las calles gracias a la experiencia acumulada en Madrid. Con el tiempo empezó a hacer servicios de paisano. Se le daba bien mezclarse con la gente. Le gustaba todo tipo de música, como el punk y el *heavy*; leía magazines de ciencia ficción y fantasía, y disfrutaba con el cine de Pasolini o de Spielberg. Podía sentarse en la barra del bar y comenzar a hablar de estas cosas, como si fuera cualquier cosa menos un policía.

Con el tiempo, sus jefes le propusieron hacer el curso de Información e irse al norte. Su padre constituía un freno para tal cosa. Vivía con él. Tenían una relación extraña, pero, sin duda

recíproca en cuanto a amor y respeto. Nunca hablaban de su madre, fallecida cuando él era niño, ni de su trabajo, ni de mujeres, ni de esas cosas típicas. Simplemente se sentaban en el sofá; su padre veía el primer canal y él hojeaba revistas de artes marciales o de ciencia ficción que narraban viajes por el espacio y el desarrollo de máquinas pensantes que acaban dominando al ser humano. Pero nunca discutían ni se echaban nada en cara, aunque recordaba que su padre había tenido una mala época, tras la muerte de su madre, en la que bebía bastante. A finales de 1985, su padre falleció. Se le encharcaron los pulmones. Recordaba con cierta periodicidad el momento en que traspasó la puerta de la UCI y esta se cerró. Supo que moriría en breve; tuvo esa sensación, la que de que se llega al final, que aquello que sabemos que algún día pasará inexorablemente se hace presente y las únicas señales ciertas ante esa verdad fueron un sudor frío y un pasillo silencioso; sin voz, sin figuras, padeciendo esa condena que conlleva el llegar a la vida.

Tras la muerte de su padre y sin ataduras sentimentales decidió hacer el curso. Eran los años de plomo del terrorismo y hacían falta buenos policías. Mucha gente se lo desaconsejó, pero aún era joven, solo serían unos años, la servidumbre, quizás alguno más. Además, en Valencia lo podían pinchar con una jeringuilla o atropellarlo. Así, con veintisiete años, llegó al norte. Fue allí donde comenzó a leer libros de filosofía, animado por las historias de ciencia ficción donde se mentaba algunos. Lo cierto era que no entendía mucho, por no decir nada, pero cuando no estaba de servicio nunca salía, ni se mezclaba con los naturales del lugar; por ello, tras horas de dedicación, logró tener una idea generalizada de ciertas épocas filosóficas y de ciertas teorías. Era muy dado a leer historias de la filosofía comentadas por algún

gran filósofo o por algún académico, de esa manera se sentía menos estúpido cuando leía la obra original de algún autor.

Fueron buenos años. Desarticularon varios comandos. Nunca se sabría con certeza las vidas que salvaron. Por su aspecto, delgado con ojos claros, encajaba bien en la fisonomía de los lugareños. Se dejaba el pelo como ellos, con flequillo y escalón. Era relativamente fácil hacerse pasar por un autóctono en una ciudad grande como Bilbao, si bien más de una vez tuvo que correr tras ser descubierto en una «manifa». Le quedaban ocho días allí, solo ocho días, cuando aquel resplandor atravesó sus ojos junto con el gran estruendo. Fue así como, con apenas treinta y un años, su periplo en la Policía Nacional terminaba. Le quedaba una jubilación por invalidez, un trastorno de estrés postraumático que bordeaba la depresión crónica, un dolor continuo en su mano y una medalla por los servicios prestados.

Vivía de alquiler en el piso de un conocido que se lo dejaba a un precio aceptable. Se había adaptado a vivir con su pensión; sin grandes lujos, pero sin pasar necesidades. Tenía para sus cosas, como se dice coloquialmente. Tras dejar el cuerpo sintió un gran vacío, un vacío peligroso sobre el que no constan señales de aviso, un vacío que solo él veía, conocía y experimentaba. Para no caer en él, optó por varias formas de afrontamiento. Una de ellas fue estudiar Filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Para ello, obtuvo antes el acceso a la universidad para mayores de veinticinco años. Otra técnica de afrontamiento fue hacer ejercicio de forma regular. Había practicado judo desde su infancia y le había sido de utilidad más de una vez en la calle, pero la imposibilidad de agarrar con firmeza hacía que la práctica fuera poco menos que imposible. Optó por el kárate, ya que era también japonés, y principalmente porque, hasta cierto punto,

se podía practicar solo. Lo complementaba con abdominales, ejercicios isométricos y de flexibilidad. Estas prácticas sencillas y a la par profundas lo alejaban del incipiente vacío.

José Luis, Pepelu para los allegados, era uno de los pocos compañeros con los que seguía teniendo contacto. Había tenido algunos roces con él en el trabajo, pero el paso del tiempo lo había convertido en un amigo fiel y sincero; en cambio, otros a los que consideraba más cercanos se habían distanciado en el tiempo hasta casi olvidarlos. No se sentía especialmente enfadado al recordar eso, suponía que había una lógica detrás de ello y que algún día la comprendería.

Al colgar miró su viejo teléfono de rueda, de ese color verde muy claro que le recordaba a los hospitales. Había pensado en numerosas ocasiones en cambiarlo por uno de botones, de algún color potente, como el rojo. Simplemente lo olvidaba al salir a la calle y nunca se acercaba a ninguna tienda de electrodomésticos. Eran las nueve y media. Las dos opciones eran volver a la cama y quedarse en ella, quizás para volver a dormirse, pero eso podía suponer despertarse ya muy tarde, o comenzar a formar parte del mundo y de sus reglas. La mano no le dolía, al menos de momento, por lo que decidió ducharse y bajar a la calle. Era jueves. Hacía frío. El año apenas había comenzado.

Vivía en la calle Sueca de Ruzafa, uno de esos barrios denominados multiculturales, donde se mezclaban negocios de varias generaciones con los nuevos inquilinos venidos de otros sitios, que buscaban trabajo principalmente en el sector servicios o montando negocios propios. Era un barrio de casas antiguas, no siempre bien conservadas, que permitía vivir cerca del

centro y no pagar un alquiler desorbitante. Nunca reflexionaba en exceso sobre por qué vivía allí, puede que porque, simplemente, era lo que siempre había conocido, y porque, por otra parte no había ninguna razón para irse a otro sitio. Un estilo antiguo, pero a la par urbano, le daba un toque encantador. Le recordaba algunos barrios de Madrid, sobre todo cuando pasaba por negocios regentados por inmigrantes; tiendas de ropa y de complementos o peluquerías. El centro histórico estaba cerca, era su parte favorita de la ciudad. Las calles estrechas que se alternaban con las más anchas que iban a dar a la catedral o la plaza de la Reina eran sus preferidas; más aún si caminaba por ellas en otoño o invierno, cuando la oscuridad llega pronto para la mayoría y el frío triunfa.

Le gustaba andar, era el mejor complemento a su preparación física, pero caminar tenía también un efecto psicológico que buscaba: cambiar continuamente de ambiente, encontrar nuevas impresiones que le distrajeran, no importaba si era por el mismo lugar, ya que cada hora y cada momento tenían un matiz diferente. Muchas de las cosas que había estudiado se le venían en esos momentos a la cabeza y nunca llegaba a la conclusión de si su mente lo hacía para recordarle que era una estupidez pensar que Dios nos ama, exigirle que nos ame, o, en cambio, que era lo más sensato que se podía hacer, una vez ya abandonado en este valle de lágrimas. Estar, en definitiva, distraído de los pensamientos recurrentes, que se podían tornar obsesivos. Su dolor crónico, su adiós definitivo al uniforme, todos los recuerdos de las noches casi infinitas de trabajo que se materializaban en una medalla fría que a veces ni recordaba dónde dejaba.

No solía comer cuando se levantaba; bebía agua, algunas veces tomaba una pieza de fruta, y luego caminaba; elegir un sentido

u otro era accesorio. Esto hacía que su apetito se despertase, y cuando eso ocurría entraba en algún bar y tomaba un café con leche y una tostada, en ocasiones un cruasán, alimento que él tomaba como un lujo y del que pretendía no abusar. La idea de engordar y abandonar el ejercicio le preocupaba, y no había motivos estéticos ni hedonistas tras sus temores.

Decidió ir a la Gran Vía del Marqués del Turia. Para ello cruzó el mercado de Ruzafa y luego la avenida del Antiguo Reino de Valencia. Eran las diez pasadas, una cierta calma reinaba en la ciudad. Los niños y adolescentes ya estaban en clase, la gente en su puesto de trabajo, solo algunos bares, por los almuerzos, rompían de forma descarada dicha tregua, pero en general el tráfico era fluido y los peatones poco numerosos a esas horas. Hoy no iba a ir al centro histórico, sino al comercial, aunque esos conceptos eran prácticamente análogos; su destino era la calle Colón, donde se encontraban los grandes almacenes y las tiendas de las marcas de ropa más conocidas. Le gustaba vestir bien, especialmente tras el atentado. Tenía la idea de que si iba bien vestido la gente se mostraría más distante, menos dada a iniciar una conversación que si iba en chándal, esta era la principal razón y no algún criterio de tipo estético.

Le estresaba mucho el tener que explicar lo ocurrido cuando la gente le preguntaba a qué se dedicaba, qué hacía con su vida. En general lo resumía mucho si se encontraba en la situación de tener que explicarlo. Normalmente mentía, diciendo que le habían dado la baja definitiva por caerse de un puente persiguiendo a unos ladrones en Madrid. Solía llevar americanas oscuras, combinadas con camisa blanca, o también con alguna oscura, normalmente azul o negra; los zapatos le gustaban marrones o grises; los pantalones solían ser vaqueros, tanto azules como